

# Diócesis de Barbastro-Monzón

*Seréis mis testigos hasta el confín de la tierra*



*Hasta setenta  
veces siete*

*“Padre, perdónalos,  
porque no saben  
lo que hacen”  
(Lc 23, 34)*

**Tercera Semana de Cuaresma  
2023**

## ***Comenzamos rezando***

---

Poco antes de que Jesús decidiera subir a Jerusalén, en el viaje que culminó con su pasión, muerte y resurrección, completó sus enseñanzas en Galilea, donde él se sentía mejor acogido que en Judea. Y fue en Galilea donde llevó al extremo su enseñanza sobre el perdón. En el sermón de la montaña ya había traspasado lo que para la espiritualidad de los israelitas era una línea roja, cuando proclamó:

«Habéis oído que se dijo: “Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo”. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos. Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y, si saludáis solo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los gentiles? Por tanto, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (*Mt 5, 43-48*).

Acababa de colocar el listón tan alto que ni los Doce lograron asimilar la “excesiva” amplitud del perdón que Jesús propuso a sus seguidores. La pregunta del apóstol Pedro así lo da a entender: «Señor—exclamó—, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo?» Y quiso asegurarse poniendo sobre la mesa lo que a él y a todos les parecía excesivo: «¿Hasta siete veces?» Era lo mismo que decir “siempre”, pues el número siete significaba

“totalidad”, “plenitud”. Pero Jesús les sorprendió con su respuesta: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete». Si siete ya significaba “siempre”, ¿qué podía significar setenta veces siete? Que no hay medida ni excusa para el perdón; y, por si no les había quedado claro, añadió la parábola de los dos deudores (*Mt 18, 23-35*), que concluyó con la advertencia: «Lo mismo hará con vosotros mi Padre celestial, si cada cual no perdona de corazón a su hermano».

Con estas consideraciones, comenzamos hoy la oración reconociendo las reticencias, las dificultades o la dureza de corazón que muchas veces experimentamos para perdonar a quienes nos ofenden. Mientras escuchamos la siguiente canción, pidamos perdón por no seguir más de cerca al Señor Jesús:

Vengo ante ti, mi Señor,  
reconociendo mi culpa,  
con la fe puesta en tu amor  
que tú me das como a un hijo.  
Te abro mi corazón y te ofrezco mi miseria,  
despojado de mis cosas quiero llenarme de ti.

*Que tu Espíritu, Señor,  
abrasc todo mi ser,  
hazme dócil a tu voz,  
transforma mi vida entera.*

Puesto en tus manos, Señor,  
siento que soy pobre y débil,  
mas tú me quieres así, yo te bendigo y te alabo.

---

Hasta setenta veces siete

---

Padre, en mi debilidad, tú me das la fortaleza,  
amas al hombre sencillo, le das tu paz y perdón.”

*(Escuchar esta canción en Youtube)*

## ***“Perdónalos, porque no saben lo que hacen”***

---

El evangelista san Lucas nos ha conservado algunas de las palabras que Jesús pronunció en el trance supremo de su crucifixión. Así lo relata:

«Y cuando llegaron al lugar llamado “La Calavera”, lo crucificaron allí, a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Hicieron lotes con sus ropas y los echaron a suerte. El pueblo estaba mirando, pero los magistrados le hacían muecas, diciendo: “A otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido”» (Lc 23, 33-38).

Contemplemos esta escena trágica y avivemos en nuestra memoria el paralelismo que hay entre ella y las tentaciones que Jesús sufrió al comienzo de su misión. En el desierto, Jesús fue tentado por el diablo, que le dijo: “Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan”; en el Calvario, fueron los jefes del pueblo, que se habían arrastrado ante Pilato hasta conseguir la condena de Jesús, los que asumieron el papel del tentador: “Si eres el Mesías, baja de la cruz”. En ambos casos, se pedía que Jesús manifestara su identidad con la señal que el tentador

exigía; era el tentador quien ponía las condiciones. Pero Jesús, fiel a su Padre, sabía que sólo Dios señala el camino de la misión y solo es Él quien pone las condiciones.

En el desierto, Jesús respondió: «Está escrito: “No solo de pan vive el hombre”»; en la cruz, su respuesta fue la del perdón, que imploró a Dios para sus verdugos: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen», y la de la misericordia —«hoy estarás conmigo en el paraíso»—, que prometió al malhechor crucificado junto a él, que pedía clemencia. Las dos respuestas manifiestan la absoluta aceptación de la soberanía de Dios y también la confianza en que el Padre lo autentificaría con la resurrección, y Jesús no bajó entonces de la cruz, como pedía el tentador.

La entereza ante la muerte y la capacidad de perdonar a sus verdugos es también el patrimonio de los mártires a lo largo de la historia de la Iglesia. En nuestra Diócesis, conservamos emocionantes testimonios de ello, en los escritos conservados providencialmente en las ropas de estos mártires y en el salón de actos del Colegio de los PP. Escolapios, en el que los Mártires Claretianos permanecieron encarcelados hasta que les llegó la muerte:

Lo testimonia la frase que quedó escrita en el muro de aquel salón de actos del Colegio de los Escolapios: «Perdonamos a nuestros enemigos... A los que vais a ser nuestros verdugos, os enviamos nuestro perdón». En el bolsillo de la sotana del beato Salvador Pigem se encontró un calendario en el que había escrito: «Nos matan por odio a la Religión. *Domine, dimitte illis* (Señor, perdónalos)». En el taburete del piano que estaba en el escenario del salón de actos, el beato Juan Sánchez Munárriz escribió:

«Perdono de todo corazón a todos los que voluntaria o involuntariamente me hayan ofendido». En el proceso de beatificación de estos mártires, se acreditaron otros hermosos testimonios de perdón, como el del beato Tomás Capdevila, que escribió: «Así como Jesucristo en lo alto de la cruz expiró perdonando a sus enemigos, así muero yo mártir perdonándolos de todo corazón y prometiendo rogar de un modo especial por ellos y sus familiares» o el del beato Faustino Pérez: «Sólo el murmullo santo de las oraciones se deja sentir en esta sala, testigo de nuestras duras angustias; si rezamos, es para perdonar a nuestros enemigos». «Sálvalos, Señor, que no saben lo que hacen».

Particularmente emotiva es la carta de despedida, dirigida a la Congregación de los Misioneros Claretianos y escrita por el beato Faustino Pérez en nombre de todos ellos, que milagrosamente se ha conservado y a la que pertenecen estos párrafos:

«Querida Congregación: Anteayer, día 11, murieron, con la generosidad con que mueren los mártires, seis de nuestros hermanos; hoy, 13, han alcanzado la palma de la victoria veinte, y mañana, 14, esperamos morir los veintiuno restantes. ¡Gloria a Dios! ¡Gloria a Dios! ¡Y qué nobles y heroicos se están portando tus hijos, Congregación querida! Pasamos el día animándonos para el martirio y rezando por nuestros enemigos y por nuestro querido Instituto; cuando llega el momento de designar las víctimas hay en todos serenidad santa y ansia de oír el nombre para adelantar y ponernos en las filas de los elegidos; esperamos el momento con generosa impaciencia,

y cuando ha llegado, hemos visto a unos besar los cordeles con que los ataban, y a otros dirigir palabras de perdón a la turba armada».

## ***El perdón fue una constante en la persecución religiosa***

---

La serenidad ante la muerte y el perdón a quienes les quitaban la vida fue una constante de los sacerdotes, religiosas y laicos de esta Diócesis, cuya causa de beatificación se ha presentado a la Santa Sede. Los testimonios son numerosos y siempre edificantes. En la cuaresma de este año martirial, el testimonio de tantos párrocos perdidos por las parroquias más recónditas de la diócesis de Barbastro puede contribuir a confortar la fe y la esperanza de los actuales cristianos y testigos de Jesucristo, que vivimos en un mundo que muchas veces no comprende ni valora la decisión de ser cristianos. Vuelve a repetirse lo que a mediados del siglo II escribió el autor de la *“Carta a Diogneto”*, hablando de los cristianos de los primeros tiempos:

«A todos aman y por todos son perseguidos. Se los desconoce y se los condena. Se los mata y en ello se les da la vida. Se los vitupera y ellos bendicen. Se los injuria y ellos dan honra. Hacen el bien y se los castiga como malhechores; castigados de muerte, se alegran como si se les diera la vida. (...) Lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo».

Recordemos un ramillete de estos testimonios, que

confirma como el carácter martirial de la vida cristiana sigue activo en nuestros tiempos. El párroco de Torres del Obispo, Don Tomás Lóriz, dijo con admirable paz, cuando vio que la muerte se le acercaba: «¡Qué mayor felicidad que dar la sangre por Dios!». El de Abizanda, Don José Sorribas, exclamó, cuando era conducido y ultrajado en un camión, camino de la muerte: «Perdónalos, Señor. Cuanto antes me matéis, antes iré al cielo». Don Ángel Abad, párroco de San Felíu de Veri, dejó firmado, en el día de la festividad de Santiago Apóstol de 1936, su testamento que comienza así: «Dejo mi alma a Dios de quien procedo y en quien deseo morir en el seno de la Santa Iglesia Católica. Bendigo a toda la familia, a todos mis queridos vecinos del pueblo y también a mis enemigos, si acaso los tuviera. Sea Dios bendito y alabado». La serenidad y la paz de los santos aparecía en el rostro de los sacerdotes encerrados en una casa de Castejón de Sos, que, mientras esperaban a ser llevados a la muerte, se confesaron y se prepararon para el martirio. Este ramillete sería interminable; sirva para coronarlo el testimonio de Don Amado Serrate, que, detenido con otros sacerdotes, «ya en el camión, camino de Graus, se despidió de sus feligresas que contemplaban llorando la marcha de los sacerdotes y les dijo: “No lloréis, hijas mías, me voy al Cielo”».

Que aflore en nuestro ánimo la paz que Cristo nos prometió. Cuando se despidió de los Doce, en la última Cena, al verlos tristes y cariacontecidos, les dijo:

«No os dejaré huérfanos, volveré a vosotros. (...) Os he hablado de esto ahora que estoy a vuestro lado, pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo



y os vaya recordando todo lo que os he dicho. La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo. Que no se turbe vuestro corazón ni se acobarde» (Jn 14, 18-26).

Esta paz, que el Espíritu Santo hace germinar en el corazón creyente, floreció y creció con fuerza en todos estos hermanos de nuestra Iglesia diocesana que vivieron los días aciagos de la persecución religiosa. Pidamos que también germine esa paz en nosotros, que ahora estamos llamados a ser testigos de Jesucristo en medio de una sociedad y una cultura que lo ignora y desprecia, y sin embargo lo necesita más que nunca, mientras escuchamos la siguiente oración:

Vengo aquí, mi Señor,  
a olvidar las prisas de mi vida,  
ahora sólo importas Tú:  
dale tu paz a mi alma.

Vengo aquí, mi Señor,  
a encontrarme con tu paz que me serena,  
ahora sólo importas Tú:  
dale tu paz a mi alma.

*(Escuchar en Youtube esta canción de Brotes de Olivo)*

Y ante la imagen de Jesús crucificado, rezamos juntos esta plegaria:

Siendo Dios fuiste tan humilde,  
hombre Tú te hiciste,  
traicionado y rechazado.

Siendo Dios tomaste mi lugar,  
cargaste en tus hombros mis heridas y pecados.  
Fue por mí, que te entregaste  
para darme nueva vida y rescatarme.

Al contemplarte en la Cruz,  
al contemplar tanto amor  
no puedo más que adorarte  
y mi vida entregarte.

Al contemplarte en la Cruz,  
al contemplar tanto amor  
no puedo más que adorarte  
y mi vida entregarte, Jesús.

### ***Para la reflexión personal y en grupo***

---

- ♦ ¿Cuáles son las principales dificultades que encuentro para perdonar a los que me ofenden? ¿Cómo trato de superarlas?
- ♦ ¿Me siento interpelado por el ejemplo de Jesús y el testimonio de los mártires de nuestra Diócesis? Formular un propósito que me esforzaré en llevarlo a la práctica.
- ♦ ¿Pido al Espíritu Santo que siembre la paz en mi alma? ¿Me conforta el confiar que Jesús no nos ha dejado huérfanos?

## ***Guía para orar durante la Cuaresma***

### ***Para la tercera semana***

*Del 12 al 18 de marzo*

En el sermón de la montaña, Jesús nos enseña a perdonar: «Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos...» (Mt 5, 44-46). Él nos dio ejemplo y contamos con su gracia.

### ***Lecturas bíblicas para esta semana***

Seguimos leyendo las cartas a las Iglesias de Sardes, Filadelfia y Laodicea (Ap, 3). Leídas en nuestro contexto social y religioso, invitan a mantener viva la esperanza y a convertirnos de la tibieza y falta de vigilancia.

### ***Oración para esta semana***

Lo que doy con mayor dificultad  
debo darlo lo primero: el perdón.  
El “perdón”, así, ¡tal como suena!  
Debo perdonar,  
volver siempre a perdonar.  
Si dejo de perdonar,  
empiezo enseguida a levantar un muro.  
Y un muro siempre es incomunicación.  
  
En la vida tengo necesidad de hacer,  
sobre todo, dos cosas:

“comprender” y “olvidar”.

Conozco a mucha gente  
y conozco los secretos de muchos.  
Estoy cada vez más persuadido  
de que no existen dos personas idénticas.  
Cada persona es un mundo aparte;  
vive, piensa, siente y reacciona  
a partir de su mundo,  
cuyo centro profundo  
me resulta siempre extraño.  
Por eso, entre las personas,  
se crean, casi necesariamente,  
roturas, fricciones e incomprensiones.

Solamente si comprendo  
que el otro es “otro”,  
y si estoy dispuesto a perdonar  
será posible “vivir juntos”.  
De otra suerte la vida se convertirá  
en un recíproco asedio  
y viviré día tras día en una guerra,  
caliente o fría.

Hay ocasiones excelentes, excepcionales,  
para hacer las paces,  
para desterrar los litigios.  
Dado el primer paso, el más difícil,  
el resto será una “fiesta”.  
¡El perdón!  
¡El regalo más hermoso!

*Bosmans, Ph.*